

## LA FIESTA DEL MONSTRUO

*Aquí empieza su aflicción.*

HILARIO ASCASUBI. La Refalosa.

—Te prevengo, Nelly, que fue una jornada cívica en forma. Yo, en mi condición de pie plano, y de propenso a que se me ataje el resuello por el pescuezo corto y la panza hipopótama tuve un serio oponente en la fatiga, máxime calculando que la noche antes yo pensaba acostarme con las gallinas, cosa de no quedar como un crosta en la performance del feriado. Mi plan era sume y resté; apersonarme a las veinte y treinta en el Comité; a las veintituna caer como un soponcio en la cama jaula, para dar curso, con el Coll como un bulto bajo la almohada, al Gran Sueño del Siglo, y estar en pie al primer cacareo, cuando pasaran a recolectarme los del camión. Pero, decime una cosa ¿vos no crees que la suerte es como la lotería, que se encarniza favoreciendo a los otros? En el propio puentecito de tablas, frente a la caminera, casi aprendo a nadar en agua abombada con la sorpresa de correr al encuentro del amigo Diente de Leche, que es uno de esos puntos que uno encuentra de vez en cuando. Ni bien le vi su cara de presupuestívoro, palpité que él también iba al Comité y, ya en tren de mandarnos un enfoque del panorama del día, entramos a hablar de la distribución de bufosos para el magno desfile y de un ruso, que ni llovido del cielo, que los abonaba como fierro viejo en Berazategui. Mientras formábamos en la cola pugnamos por decimos al vestre que una vez en posesión del arma de fuego nos daríamos traslado a Berazategui, aunque a cada uno lo portara el otro a babucha, y allí, luego de empastarnos el bajo vientre con escarola, en base al producido de las armas, sacariamos, ante el asombro general del empleado de turno ¡dos boletos de vuelta para Tolosa! Pero fue como si habláramos en inglés, porque Diente no pescaba ni un chiquito, ni yo tampoco, y los compañeros de fila prestaban servicio de intérprete, que casi me perforan el tímpano, y se pasaban el Faber cachuzo para anotar la dirección del ruso. Felizmente el señor Marfonti, que es más flaco que la ranura de la máquina de monedita, es un antiguo de esos que mientras usted lo confunde con un montículo de caspa, está pulsando los más delicados resortes del alma del popolino,

y así no es gracia que nos frenara en seco la manganeta, postergando la distribución para el día mismo del acto, con el pretexto de una demora del Departamento de Policía en la remesa de las armas. Antes de hora y media de plantón, en una cola que ni para comprar kerosene, recibimos de propios labios del señor Pizzurno, orden de despejar al trote, que la cumplimos con cada viva entusiasta que no alcanzaron a cortar enteramente los escobazos rabiosos de ese tullido que hace las veces de portero en el Comité.

A una distancia prudencial la barra se rehizo. Loíácomo se puso a hablar que ni la radio de la vecina. La vaina de esos cabezones con labia es que a uno le calientan el mate y después el tipo —vulgo, el abajo firmante— no sabe para dónde agarrar y me lo tienen jugando al tresiete en el almacén de Bernárdez, que vos a lo mejor te amargás con la ilusión que anduve de farra y la triste verdad fue que me pelaron hasta el último votacén, sin el consuelo de cantar la nápolá, tan siquiera una vuelta.

(Tranquila, Nelly, que el guardagujía ya se cansó de moirfante con la visual y ahora se retira, como un bacán, en la zorra. Dejale a tu Pato Donald que te dé otro pellizco en el cogotito.)

Cuando por fin me enrosequé en la cucha, yo registraba tal cansancio en los pieses que al inmediato capté que el sueño reparador ya era de los míos. No contaba con ese contrincante que es el más sano patriotismo. No pensaba más que en el Monstruo y que al otro día lo vería sonreírse y hablar como el gran laburante argentino que es. Te prometo que vine tan excitado que al rato me estorbaba la cubija para respirar como un ballenato. Reciencto a la hora de la perrera concillé el sueño, que resulta tan cansador como no dormir, aunque soñé primero con una tarde, cuando era pibe, que la finada mi madre me llevó a una quinta. Creeme, Nelly, que yo nunca había vuelto a pensar en esa tarde, pero en el sueño comprendí que era la más feliz de mi vida, y eso que no recuerdo nada sino un agua con hojas reflejadas y un perro muy blanco y muy manso que yo le acariciaba el Lomuto; por suerte salí de esas purretadas y soñé con los modernos temarios que están en el marcador: el Monstruo me había nombrado su mascota y, algo después, su Gran Perro Bonzo. Me desperté, y para soñar tanto despropósito había dormido cinco minutos. Resolví cortar por lo sano: me di una friega con el trapo de la cocina, guardé todos los callordas en el calzado Fray Mochó, me entredé que ni un pulpo entre las mangas y las piernas de la combinación de lana —maneluco—, vestí la corbatita con dibujos animados que vos me regalaste el Día del Colectivero y salí sudando grasa

porque algún cascarrudo habrá transitado por la vía pública y lo tomé por el camión. A cada falsa alarma que pudiera, o no, tomarse por el camión, yo salía como taponazo al trote gimnástico, salvando las sesenta varas que hay desde el tercer patio a la puerta de calle. Con entusiasmo juvenil entonaba la marcha que es nuestra bandera, pero a las doce menos diez vine afónico y ya no me tiraban con todo los magnates del primer patio. A las trece y veinte llegó el camión que se había adelantado a la hora y cuando los compañeros de cruzada tuvieron el alegrón de verme, que ni me había desayunado con el pan del loro de la señora encargada, todos votaban por dejarme, con el pretexto que viajaban en un camión carnicero y no en una grúa. Me les enganché como acoplado y me dijeron que si les prometía no dar a luz antes de llegar a Ezpeleta me portarían en mi condición de fardo, pero al fin se dejaron convencer y medio me izaron. Tomó furia como una golondrina el camión de la juventud y antes de media cuadra paró en seco frente del Comité. Salí un tape canoso, que era un gusto cómo nos baquetaba y, antes que nos pudieran facilitar, con toda consideración, el libro de quejas, ya estábamos traspirando en un brete, que ni si tuviéramos las nuca de queso Mascarpone. A bufoso por barba fue la distribución alfabética: ¡compenerate, Nelly!, a cada revolver le tocaba uno de nosotros. Sin el mínimo margen prudencial para hacer cola frente al *Caballeros*, o tan siquiera para someter a la subasta un arma en buen uso, nos guardaba el tape en el camión del que ya no nos evadíamos sin una tarjetita de recomendación para el camionero.

A la espera de la voz de jaura y se fue! nos tuvieron hora y media al rayo del sol, a la vista, por suerte de nuestra querida Toluosa, que en cuanto el botón salía a correrlos, los pibes nos tenían a hondazo limpio, como si en cada uno de nosotros apreciaran menos el patriota desinteresado que el pajarito para la polenta. Al promediar la primera hora, reinaba en el camión esa tirantez que es la base de toda reunión social pero después la merza me puso de buen humor con la pregunta si me había anotado para el concurso de la Reina Victoria, una indirecta, vos sabés, a esta panza bombo, que siempre dicen que tendría que ser de vidrio para que yo me divisara, aunque sea un poquito, los basamentos horma 44. Yo estaba tan afónico que parecía adormado con el bozal, pero a la hora y minutos de tragar tierra medio recuperé esta lengüta de Campana<sup>1</sup> y, hombro a hombro con los

<sup>1</sup> Mientras nos reponíamos con ensimismadas, Nelly me manifestó\* que en ese momento

compañeros de brecha, no quise restar mi concurso a la masa coral que despachaba a todo pulmón la marchita del Monstruo, y ensayé hasta medio berrido que más bien salió francamente un hipo, que si no abro el paragüta que dejé en casa, ando en canoa en cada salvazo que usted me confunde con Vito Dumas, el Navegante Solitario. Por fin arrancamos, y entonces sí que corrí el aire, que era como tomarse el baño en la olla de la sopa, y uno almorzaba un sângüiche de chorizo, otro su arrolladito de salame, otro su panetón, otro su media botella de Vascolet y el de más allá la milanesa fría, pero más bien todo eso vino a suceder otra vuelta, cuando fuimos a la Ensenada, pero como yo no concurrí, más gano si no hablo. No me cansaba de pensar que toda esa muchachada moderna y sana pensaba en todo como yo, porque hasta el más abúlico oye las emisiones en cadena, quieras que no. Todos éramos argentinos, todos de corta edad, todos del Sur y nos precipitábamos al encuentro de nuestros hermanos gemelos, que en camiones idénticos procedían de Fiorito y de Villa Domingo, de Ciudadela, de Villa Luro, de La Paternal, aunque por Villa Grespo pulula el ruso y yo digo que más vale la pena acusar su domicilio legal en Tolosa Norte.

¡Qué entusiasmo partidario te perdiste, Nelly! En cada foco de población muerto de hambre se nos quería colar una verdadera avalancha que la tenía emberretimada el más puro idealismo, pero el capo de nuestra carrada, Garfunkel, sabía repeler como correponde a ese farabutaje sin abuela, máxime si te metés en el coco que entre tanto mascalzone patentado bien se podía emboscar un quintacolumnista como luz, de esos que antes que usted dea la vuelta del mundo en ochenta días me lo convencen que es un crosta y el Monstruo, un instrumento de la Compañía del Teléfono. No te digo niente de más de un cagastume que se acogía a esas purgas para darse de baja en el confusonismo y reparitarse a casta lo más liviano, pero embromate y confesá que de dos chichipíos el uno nace descalzo y el otro con patín de munición, porque vuelta que yo creía descolgarme del carro era patada del señor Garfunkel que me restituía al seno de los valientes. En las primeras etapas los locales nos recibían con entusiasmo francamente contagioso, pero el señor Garfunkel, que no es de los que portan la pijoja de puro adorno, le tenía prohibido al camionero sujetar la ve-

el pobre muchó sacó la lengua de referencia (Nota donada por el joven Rabasco).

\* A mí me lo dijo antes. (Nota suplementaria de Nano Barafuoco, peón de la Dirección de Limpieza).

hlocidad, no fuera algún avivato a ensayar la fuga relámpago. Otro gallo nos cantó en Quilmes, donde el crostaje tuvo permiso para desenfundar los callos plantales, pero ¿quién, tan lejos del pago iba a despartarse del grupo? Hasta ese momentazo, dijera el propio Zóppi o su mama, todo marchó como un dibujo, pero el nervosismo cundió entre la merza fresca cuando el trompa, vulgo Garfunkel que le dicen, nos puso blandos al tacto con la imposición de deponer en cada paredón el nombre del Monstruo, para ganar de nuevo el vehículo a velocidad de purgante, no fuera según cabreira a cabriarse y a venir calveira pegándonos. Cuando sonó la hora de la prueba empuñé el bufoso y bajé resuelto a todo, Nelly, anche a venderlo por menos de tres pessolanos. Pero ni un solo cliente asomó el hocico y me di el gusto de garabatear en la tapia unas letras frangollo, que si invierto un minuto más, el camión me da el esquinazo y se lo traga el horizonte rumbo al civismo, a la aglomeración, a la fratellanza, a la fiesta del Monstruo. Como para aglomeración estaba el camión cuando volví hecho un queso con camiseta, con la lengua de ahuera. Se había sentido en la retanca y estaba tan quieto que sólo le faltaba el marco artístico para ser una foto. A Dios gracias formaba entre los nuestros el gangoso Tabacman, más conocido por Tornillo Sin Fin, que es el empedernido de la mecánica, y a la media hora de buscarle el motor y de tomarse toda la Blitz de mi segundo estómago de camello, que así yo pugno que le digan siempre a mi cantimplora, se mandó con toda franqueza su "a mí que me registren", porque el Fargo a las claras le resultaba una firma ilegible.

Bien me parece tener leído en alguno de esos quioscos ferreterales que no hay mal que por bien no venga, y así Tata Dios nos facilitó una bicicleta olvidada en contra de una quinta de verdura, que a mi ver el biciclista estaba en proceso de recauchutaje, porque no asomó la fosa nasal cuando el propio Garfunkel le calentó el asiento con la culata. De ahí arrancó como si hubiera olido todo un cuadrado de escarola, que más bien parecía que el propio Zóppi o su mama le hubiera munto el upite de un petardo Fu-Man-Chú. No faltó quien se alojara la faja para sonreírse al verlo pedalear tan garufiento, pero a las cuatro cuerdas de pisarles los talones lo perdieron de vista, causa que el peatón aunque se habilite las manos con el calzado Pecus, no suele mantener su laurel de invitado frente a don Bicicleta. El entusiasmo de la conciencia en marcha hizo que en menos tiempo del que vos, gordeta, inverís en dejar el mostrador sin factura, el

hombre se despistara en el horizonte, para mí que rumbo a la cucha, a Tolosa...

Tu chanchito te va a ser confidencial, Nelly: quien más quien menos ya pedaleaba con la comezón del Gran Spiantujen, pero, como yo no dejo siempre de recalcar en las horas que el luchador viene enervado y se aglomeran los más negros pronósticos, des-punta el delantero fenómeno que marca *goal*, para la patria, el Monstruo; para nuestra merza en franca descomposición, el camiónero. Ese patriota que le saco el sombrero se corrió como patinada y paró en seco al más avivato del grupo en fuga. Le aplicó súbito un masaje que al día siguiente, por los chichones, todos me confundían con la yegua tubiana del panadero. Desde el suelo me mandé cada hurra que los vecinos se incrustaban el pulgar en el tímpano. De mientras, el camionero nos puso en fila india a los patriotas, que si alguno quería despartarse, el de atrás tenía carta blanca para atribuirle cada patada en el culantro que todavía me duele sentarme. Calculate, Nelly, qué tarro el del último de la fila ¡nadie le shoteaba la retaguardia! Era, cuando no, el camionero, que nos arrió como a concentración de pie planos hasta una zona, que no trepido en caracterizar como de la órbita de Don Bosco, vale de Wilde. Ahí la casualidad quiso que el destino nos pusiera al alcance de un ómnibus rumbo al Descanso de Hacienda de La Negra, que ni llovido por Baigorri. El camionero, que se lo tenía bien remanyado al guarda-conductor, causa de haber sido los dos —en los tiempos heroicos del Zoológico Popular de Villa Domingo— mitades de un mismo camello, le suplicó a ese catalán de que nos portara. Antes que se pudiera mandar su "Suba Zubizarreta" de práctica, ya todos engrosamos el contingente de los que llenábamos el vehículo, riéndonos hasta enseñar las vegetaciones, del puntaje senza potencia, que, por razón de quedar cola, no alcanzó a incrustarse en el vehículo, quedando como quien dice, "Vía libre" para volver, sin tanta mala sangre, a Tolosa. Te exagero, Nelly, que íbamos cómo en ómnibus, que sudábamos propio como sardinas, que si vos te mandás el vistazo, el *Señoras* de Berazategui te viene chico. ¡Las historietas de regular interés que se dieron curso! No te digo niente de la olorosa que cantó por lo bajo el tano Potasman, a la misma vista de Sarandí y desde aquí lo aplaudo como un cuadromano a Tornillo Sin Fin que en buena ley se vino a ganar su medallón de Vero Desopilante, obligándome bajo amenaza de tircazo en los quimbos, a abrir la boca y cerrar los ojos: bromas que aproveché sin un desmayo para enllenarme las entremuelas con la

pelusa y los demás producidos de los fundillos. Pero hasta las perdices cansan y cuando ya no sabíamos lo que hacer, un veterano me pasó la cortaplumita y la empuñamos todos a uno para más bien dejar como colador el cuero de los asientos. Para despiantar, todos nos reíamos de mí; en después no faltó uno de esos vivancos que saltan como pulga y vienen incrustados en el asfáltico, cosa de evacuar del carronato antes que el guarda-conductor sorprendiera los desperfectos. El primero que aterrorizó fue Simón Tabacman, que quedó propio nato con el culazo; muy luego, Fideo Zoppi o su mamá; por último, aunque reventes de la rabia, Rabasco; acto continuo, Spátola; *doppo*, el vasco Speciale. En el intertanto, Morpurgo se presió, por lo bajo, al gran reunte de papeles y bolsas de papel, idea fija de acopiar elemento para una fogarata en forma, que hiciera pasto de las llamas al Broackway, propósito de escamotear a un severo examen la marca que dejó la cortaplumita. Piro-santo, que es un gangoso sin abuela, de esos que en el bolsillo portan menos pelusa que fósforos, se dispersó en el primer viraje, para evitar el préstamo de Rancherita, no sin comprometer la fuga, eso sí, con un cigarrillo Volcán, que me sonsacó de la boca. Yo, sin ánimo de ostentación y para darme un poco de corte, estaba ya funcionando la jeta para debatir la primera pitada cuando el Piro-santo, de un saque, capturó el cigarrillo, y Morpurgo, como quien me dora la píldora, acogió el fósforo que ya me doraba los sabañones y metió fuego al papelamen. Sin tan siquiera sacarse el rancho, el funyi o la galera, Morpurgo se largó a la calle, pero yo, panza y todo, lo madrugué y me tiré un rato antes, y así pude brindarle un colchón, que amortiguó el impacto y cuasi me desfonda la busarda con los noventa kilos que acusa. Sandié, cuando me descalcé de esta boca los tamanguses hasta la rodilla de Manolo M. Morpurgo, l'ónibus ardía en el horizonte, mismo como el spiedo del Perosio, y el guarda-conductor-propietario lloraba dele que dele ese capital que se le volvía humo negro. La barra, siendo más, se reía, pronta, lo juro por el Monstruo, a darse a la fuga, si se irritaba el ciervo. Tornillo, que es el bufo tamaño mole, se le ocurrió un chiste que al escucharlo vos con la boca abierta, vendrás de gelatina con la risa. Atenti, Nelly. Desemporcate las orejas, que ahí va. Uno, dos, tres, y PUM. Dijo —pero no te me vuelvas a distraer con el spiantacaca que le guiñas el ojo— que el ónibus arda mismo como el spiedo del Perosio. Ja, ja, ja.

Yo estaba lo más campante, pero la procesión iba por dentro. Vos, que cada parola que me se cae de los molares, la grabás en

los sesos con el formón, tal vez hagás memoria del camionero, que fue medio camello con el del ónibus. Si me entendés, la fija que ese cachascán se mandaría cada alianza con el lactimégeno para punir nuestra fea conducta estaba en la cabeza de los más línces. Pero no temás por tu conejito querido; el camionero se mandó un enfoque sereno y advinió que el otro, sin ónibus, ya no era un oligarca que vale la pena romperse todo. Se sonrió como el gran bonachón que es; repartió, para mantener la disciplina, algún rodillazo amistoso (aquí tenés el diente que me saltó y se lo compré después para recuerdo) y ¡cierren filas y paso redoblado: mar!

¡Lo que es la adhesión! La gallarda columna se infiltraba en las lagunas anegadizas, cuando no en las montañas de basura, que acusan el acceso a la Capital, sin más defeción que una tercera parte, *grosso modo*, del aglutinado inicial que zapó de Tolosa. Al- gún inverterado se había propasado a medio encender su cigarrillo Salutaris, claro está, Nelly, que con el visto bueno del camionero. Qué cuadro para ponerlo en colores: portaba el estandarte, Spátola, con la camiseta de toda confianza sobre la demás ropa de lana; lo seguían de a cuatro en fondo, Tornillo, etcétera.

Señan recién las diecinueve de la tarde cuando al fin llegamos a la Avenida Mitre. Morpurgo se rió todo de pensar que ya estábamos en Avellaneda. También se reían los bacanes, que a riesgo de caer de los balcones, vehículos y demás bañaderas, se reían de ver-nos de a pie, sin el menor rodado. Felizmente Babuglia en todo piensa y en la otra banda del Riachuelo se estaban herrumbando unos camiones de nacionalidad canadiense, que el Instituto, siempre atenti, adquirió en calidad de rompecabezas en la Sección Demoliciones del ejército americano. Treparamos como el mono a uno caki y entonando el "*Adiós, que me voy llorando*" esperamos que un loco del Ente Autónomo, fiscalizado por Tornillo Sin Fin, activara la instalación del motor. Suerte que Rabasco, a pesar de esa cara de fundi- llo, tenía cuña con un guarda del Monopolio y, previo pago de bo- letos, completamos un bondi eléctrico, que metía más ruido que un solo gaita. El bondi —talán, talán— agarró p'al Centro; iba superbo como una madre joven que, sotto la mirrada del babo, porta en la panza las modernas generaciones que mañana reclamarán su lugar en las grandes merendas de la vida... En su seno, con un tobillo en el estribo y otro sin domicilio legal, iba tu payaso querido, iba yo. Dijera un observador que el bondi cantaba; hendía el aire, impulsado por el canto; las cantores éramos nosotros. Poco antes de la calle Belgrano la velocidad paró en seco desde unos veinticuatro minu-

tos: yo transpiraba para comprender y anche por la gran turba como hormiga de más y más automotores, que no dejaba que nuestro medio de locomoción diera materialmente un paso.

El camionero reclinó con la consigna "¡Abajo, chichipios!" y ya nos abajamos en el cruce de Tacuarí y Belgrano. A las dos o tres cuartas de caminata, se planteó sobre tablas la interrogante: el guardero estaba reseco y pedía líquido. El Empoño y Despacho de Beldas Puga y Gallach ofrecía un principio de solución. Pero, te quieto ver, escopeta: ¿cómo abonábamos? En ese vericuetto, el camionero se nos vino a manifestar como todo un expeditivo. A la vista y paciencia de un perro dogo, que terminó por verlo al revés, me tiró cada zancadilla delante de la merza hilarante, que me encasqueté una rejilla como sombrero hasta el nasute, y del chaleco se rodó la chirloa que yo había rejuntao para no hacer tan triste papel cuando cundiera el carrito de la ricotta. La chirloa engrosó la bolsa común y el camionero, satisfecho mi asunto, pasó a atender a Souza, que es la mano derecha de Gouveia, el de los Pegotes Pereyra —sabés— que vez pasada se impusieron también como la Tapioca Científica Souza, que vive para el Pegote, es cobrador del mismo, y así no es gracia que dado vuelta pusiera en circulación tantos biglietes de hasta cero cincuenta que no habrá visto tantos juntos ni el Loco Calca-monía, que marchó preso cuando aplicaba la pintura mondongo a su primer bigliete. Los de Souza, por lo demás, no eran falsos y aboraron cantantes y sonantes el importe neto de las Chissottis, que salimos como el que puso seca la marmajuna. Bo, cuando cacha la guitarra, se cree Gardel! Es más, se cree Goltusso! Es más se cree Garófalo! Es más, se cree Giganti-Tomassoni! Guitarra, propio no habla en ese local, pero a Bo le dio con "Adiós Pampa mía" y todos lo coreamos y la columna juvenil era un solo grito. Cada uno, malgrado su corta edad, cantaba lo que le pedía el cuerpo, hasta que vino a distraernos un sinagoga que mandaba respeto con la barba. A ese le perdonamos la vida, pero no se escurrió tan fácil otro de formato menor, más manuable, más práctico, de manejo más ágil. Era un miserable cuatro ojos, sin la musculatura del deportivo. El pelo era colorado, los libros, bajo el brazo y de estudio. Se registró como un distraído, que cuasi se llevaba por delante a nuestro abanderado, el Spátola. Bonfirraro, que es el chínche de los detalles, dijo que él no iba a tolerar que un impune desacatara el estandarte y foto del Monstruo. Ahí no más lo chumbó al Nene Tonelada, de apelativo

<sup>1</sup> El cantor más conocido de aquella temporada.

Cagnazzo, para que procediera. Tonelada, que siempre es el mismo, me soltó cada oreja, que la tenía enrollada como el cartucho de los manises y, cosa de caerle simpático a Bonfirraro, le dijo al rusovita que mostrara un cachito más de respeto de la opinión ajena, señor, y saludara a la figura del Monstruo. El otro contestó con el despropósito que él también tenía su opinión. El Nene, que las explicaciones lo cansan, lo arrenhujó con una mano que si el carnicero la ve, se acabó la escasez de la carmasa y del bife chorizo. Lo rempujó a un terreno baldío, de esos que en el día menos pensado levantan una playa de estacionamiento, y el punto vino a quedar contra los nueve pisos de una pared senza finestra ni ventana. De mientras, los traseros nos presionaban con la comezón de observar y los de fila cero quedamos como sângüiche de salame entre esos locos que pugnanaban por una visión panorámica y el pobre quimicoinitas acordado que, vaya usted a saber, se irritaba. Tonelada, atento al peligro, reculó para atrás y todos nos abrimos como abanico dejando al descubierto una cancha del tamaño de un semicirculo, pero sin orificio de salida, porque de muro a muro estaba la merza. Todos bramábamos como el pabellón de los osos y nos reclinaban los dientes, pero el camionero, que no se le escapa un pelo en la sopa, palpió que más o menos de uno se estaba por mandar *in mente* su plan de evasión. Chiflido va, chiflido viene, nos puso sobre la pista de un montón aparente de cascate, que se brindaba al observador. Te recordará que esa tarde elómetro marcaba una temperatura de sopa y no me vas a discutir que un porcentaje nos sacamos el sacco: Lo pusimos de guardarropa al pibe Saulino, que así no pudo participar en el apedreo. El primer cascotazo lo acertó, de puro tarrro, Tabacman, y le desparramó las encías, y la sangre era un chorro negro. Yo me calenté con la sangre y le arrimé otro viaje con un cascate que le aplasté una oreja y ya perdí la cuenta de los impactos, porque el bombardeo era masivo. Fue desopliante; el jude se puso de rodillas y miró al cielo y rezó como ausente en su media lengua. Cuando sonaron las campanas de Monserrat se cayó, porque estaba muerto. Nosotros nos desfogamos un rato más, con pedradas que ya no le dolían. Te lo juro, Nelly, pusimos el cadáver hecho una lástima. Luego Morpurgo, para que los muchachos se rieran, me hizo clavar la cortaplumita en lo que hacía las veces de cara.

Después del ejercicio que acalora me puse el sacco, mantobra de evitar un resfío, que por la parte baja te representa cero treinta en Genioles. El pescuezo lo añudé en la bufanda que vos zurciste con tus dedos de hada y acondicioné las orejas sotto el chambergo-

lino, pero la gran sorpresa del día la vino a detentar Pirostrano, con la ponenda de meterle fuego al rejuntapiedras, previa realización en remate de anteojos y vestuario. El remate no fue suceso. Los anteojos andaban misturados con la viscosidad de los ojos y el ambo era un engrudo con la sangre. También los libros resultaron un clavo, por saturación de restos orgánicos. La suerte fue que el camionero (que resultó ser Graffiaccane), pudo rescatarse su reloj del sistema Roskopf sobre diecisiete rubíes, y Bonfiratro se encargó de una cartera Fabricant, con hasta nueve pesos con veinte y una instantánea de una señorita profesora de piano, y el otario Rabasco se tuvo que contentar con un estuche Bausch, para lentes, y la lapicera fuente Plumex, para no decir nada del anillo de la antigua casa Poplavsky.

Presto, gordera, quedó relegado al olvido ese episodio callejero. Banderas de-Boitano que tremolaban, toques de clarín que vigoran, doquier la masa popular, formidavel. En la Plaza de Mayos nos arengó la gran descarga eléctrica que se firma doctor Marcelo N. Frogman. Nos puso en forma para lo que vino después: la palabra del Monstruo. Estas orejas la escucharon, gordera, mismo como todo el país, porque el discurso se trasmite en cadena.

*Pujato, 24 de noviembre de 1947*

## EL HIJO DE SU AMIGO

### I

—Usted, Ustáriz, pensará de mí lo que quiera, pero soy más porfiado que el vasco de la carretilla. Para mí, el renglón libros es una cosa y el cinematógrafo es otra. Mis novelitas serán como el mate de del mono con la máquina de escribir, pero la jerarquía de escritor la mantengo. Por eso la vez que me pidieron una comedia para la S.O.P.A. (Sindicato de Operarios y Productores Argentinos) les rogué por favor que se perdieran un poquito en el horizonte. Yo y el cinematógrafo... ¡salga de ahí! No ha nacido el hombre que me haga escribir para el celuloide.

Claro que cuando supe que Rubicante gravitaba en la S.O.P.A. me dejé poner bozal y manea. Además, hay factores que usted le tiene que sacar el sombrero. Desde el anonimato de la platea, pierdo la cuenta de los años que yo he seguido, con interés francamente cariñoso, la campaña que hace la S.O.P.A. en pro de la producción nacional, zampando en cada noticiario de ceremonias y banquetes un tendal de tomas que usted se distrae viendo la fabricación del calzado, cuando no el sellado de los tapones o el etiquetado de los envases. Añada que la tarde que perdió Excursionistas, se me apropió Farfarello en el trencito del Zoológico, y me dejó pastoso con el notición que la S.O.P.A. tenía programada para su ejercicio del 43 una cadena de películas que aspiraban a copar el mercado fino, dando calce al hombre de pluma, para que despachara una producción de alto vuelo, sin la concesión de rigor al factor boletería. Me lo dijo y no lo creí hasta que lo dijo de propios labios. Hay más. A las cansadas me juró por un vejito que nos tenía medio fastidiados cantando *Sole mio*, que lo que es esa vuelta no me harían laburar, como las anteriores, sin otra resultante que un apreciable consumo de block Coloso. Los trámites se llevarían gran estilo: un contrato en letra de mosca, que a usted se lo refriegan suave por las narices y después le pone una firma que, cuando sale a tomar aire, va con su collar y cadena: un adelanto sustancial en metálico, que engrosaría *ipso facto* el fondo común de la sociedad, de la que yo tenía derecho a considerarme adherente; la promesa, bajo palabra, de que